

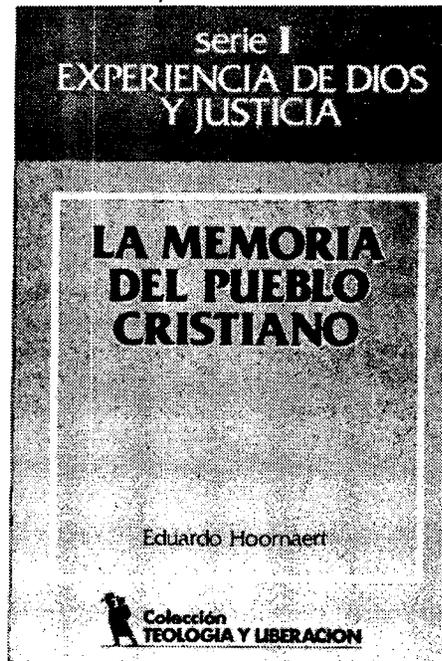
Una "biografía" de las comunidades

LOS CRISTIANOS DE LOS PRIMEROS SIGLOS

Bruno Renaud

HISTORIA: CIENCIA Y SUBJETIVIDAD

En oposición a la estricta objetividad perseguida y pregonada por el viejo positivismo del siglo pasado, la investigación histórica practicada por los especialistas desde hace casi un siglo ha dejado definitivamente de lado la supuesta frialdad, la indiferencia frente a un pasado muerto, la pretensión de llegar a concentrar y aislar una verdad reconocible y válida para todos. La historia —concepto de origen griego que significa "búsqueda"— más bien se parece a una aventura espiritual, en la cual la personalidad del historiador se compromete de manera total: determinando en forma interesada el campo de lo investigado, formulando y afinando progresivamente las preguntas, estableciendo una especie de diálogo en el cual el propio pasado va cobrando vida y aportando poco a poco una respuesta personal, a veces sorprendente, extraña, inédita. El diálogo largo con una época pasada, o un autor, un personaje determinado, tiende a favorecer un encuentro privilegiado, cada vez más íntimo, y casi tan exclusivo y enriquecedor como lo es la selección y frecuentación del amigo. Por tal motivo, el filósofo e historiador Wilhelm Dilthey (+ 1911), que contribuyó tan eficazmente a la renovación del género histórico al introducir en la investigación este mismo valor "existencial", insiste frecuentemente en la importancia de la autobiografía, el conocimiento de sí mismo y del pasado personal, como condición y punto de partida para llevar a cabo la encuesta del pasado de los grupos sociales. En un sentido parecido escribe Raymond Aron, otro conocedor del oficio: "En cierto momento de su existencia, un individuo siente la necesidad de reflexionar sobre su trayectoria; una colectividad, sobre su pasado; la humanidad, sobre su evolución. Así nacen la autobiografía, la historia particular, la historia universal". Así nació también un libro que debería venir a su hora y es testimonio de una historia profunda subjetiva: La memoria del



pueblo cristiano. Una historia de la Iglesia en los tres primeros siglos, tercer volumen de la colección "Teología y Liberación". Su autor, Eduardo Hoornaert, es historiador de la Iglesia en Brasil desde hace muchos años. Su experiencia, su aval, así como la importancia del tema tratado, merecen que le dediquemos esta larga reseña (1).

TEOLOGIA DE LA MARGINALIDAD

El libro podría definirse como "biografía de las comunidades cristianas de base" desde los orígenes hasta su disolución. Escuchemos al autor presentar su propósito y su tesis: "Al comienzo el cristianismo no era hegemónico, sino que vivía en las capilaridades más recónditas de la sociedad y se propagaba, por el testimonio de cada día, entre amigos y vecinos, en el contacto personal, en la pluriformidad de lo concreto. Existe realmente un paralelismo sorprendente entre la experiencia actual de las comunidades de base y las primeras comunidades cristianas. El personal de la base

no se engaña cuando exclama con entusiasmo: 'Los primeros cristianos vivían así'. Estas páginas se han redactado, con no poco esfuerzo, para arraigar con mayor firmeza esta memoria histórica del pueblo cristiano en América Latina" (p. 14). En medio de la obra, Hoornaert vuelve a resumir el resultado esencial de su investigación, al destacar "el carácter popular del cristianismo en aquel período", e insistir "además en el hecho de haberse elaborado (en ese tiempo) una teología que fundamentaba la elección de los pobres y de los marginados dentro del proyecto de Dios con la humanidad. (Los) diversos ciclos (misioneros) produjeron intelectuales cuyos escritos llevaban la marca de lo que aquí llamamos 'teología de la marginalidad' (...). La adhesión del cristianismo a los intereses y problemas de las clases marginadas dentro y fuera del imperio romano no es ciertamente una exclusividad de los primeros siglos, pero sí que es su principal característica. A partir del siglo III aparecen indicios cada vez más claros de un cambio importante de mentalidad en las comunidades cristianas en lo referente a este asunto tan discutido, en el sentido de que poco a poco la teología de la marginalidad se fue viendo relegada a segundo plano, mientras que una nueva teología pasaba a ocupar el sitio principal" (p. 137). En consecuencia, declara el autor, "creemos (...) que los cristianos de hoy, para estudiar la historia de la Iglesia de los tres primeros siglos, tienen que hacer un esfuerzo en el sentido de saber menos, esto es, de hacer abstracción del impresionante sistema eclesástico que se montó ulteriormente por encima de la tradición cristiana de los primeros siglos" (p. 14).

Realmente, el enunciado de la tesis, la mención de la "teología de la marginalidad" primitiva, la seguridad de encontrar el modelo anhelado, de vida y comunidad cristiana, son para entusiasmar al cristiano inquieto de hoy. ¿Quién no consentiría al esfuerzo de leer una obra que tan generosamente retribuye a

su lector, para saber, por fin, cómo han nacido y crecido las comunidades cristianas de los primeros siglos, cuáles fueron sus características principales, cuál su esencia? Y sin ir más allá en la investigación histórica, ¿quién no aceptaría de antemano la invitación a "saber menos" para ser más fiel a la memoria del cristianismo genuino?

Decíamos que "la memoria del pueblo cristiano" es una obra profundamente subjetiva. Después de lo expuesto a propósito de la tarea del historiador, dicha afirmación no debería extrañar ni llevarse a mal. "Existe una lucha ardua para la memoria cristiana", constata el autor (p. 18). "Esta ha sido y sigue siendo con frecuencia una memoria de vencidos y humillados, de marginados y despreciados, y como tal no se articula en una 'historia' según la tradición hegemónica de la historiografía de las grandes culturas (...). Al contrario, se va transmitiendo de generación en generación como una cultura popular, como una tradición oral, como una resistencia cultural. Por eso podemos percibir que la memoria cristiana sobrevive ante todo en las comunidades" (p. 20). En estas condiciones, el profesional de la historia, el "intelectual orgánico", se hace militante para devolver a los marginados su memoria, su posesión, su tesoro original. Este es, sin duda, el mayor atractivo de la obra: su proyecto, mantenido de cabo a rabo; su enfoque, que permite renovar tantas perspectivas y leer el pasado con ojos nuevos, con una visión que no sea la de Eusebio de Cesarea (historiador de la corte de Constantino, subyugado por el triunfo de lo que empezaba a ser, en el siglo IV, la Iglesia Imperial), ni tampoco la de Daniélou (profesional de nuestro siglo XX, excelente conocedor de los orígenes cristianos, pero con un punto de vista parcialmente semejante al de Eusebio).

OBRA EJEMPLAR

Asombra la capacidad de Hoor-naert para refrescar las problemáticas, leyendo sin embargo los mismos documentos primitivos y consultando, finalmente, una cantidad relativamente limitada de obras auxiliares. En este sentido, "La memoria del pueblo cristiano" es una obra ejemplar para el historiador latinoamericano, casi siempre condenado, como lo reconoce el autor, a tratar temas históricos con un acceso restringido a las fuentes y los trabajos correspondientes. Para no fastidiar al lector de esta crónica, no podemos desarrollar mucho aquí los aciertos más brillantes

del trabajo de Hoor-naert: la utilización curiosa y acuciosa de las obras "heréticas" del tiempo para conocer la mentalidad y la religiosidad popular de los primeros siglos; la extensión de la investigación hacia el cristianismo sirio-oriental y occidental- para ampliar el conocimiento de una vida cristiana que no fue solamente occidental, y completar así la memoria más "oficial" o clásica de los historiadores contemporáneos; el énfasis en el ciclo misionero etíope o abisinio, "único ciclo misionero de cultura negra", cuya negritud —por motivos de racismo helénico en la misma Iglesia patristica— "quedó marcada por el estigma del aislamiento, de la marginalidad y del desprecio" (p. 128 y ss.); el análisis de la "competencia" entre el cristianismo (con su aceptación del milagro) y el culto a Esculapio Asclepio (y sus milagros) para proponer la salvación a la abandonada clase popular ("debemos recordar la situación del pobre en el imperio romano antes de la llegada del cristianismo": p. 221); etc. Y como paradigma de las conclusiones refrescantes a las que llega el autor después de un proceso de lectura a menudo original, citemos más extensamente una página de plena actualidad latinoamericana: "Un rasgo que desconcierta a ciertos lectores de hoy, que esperan en vano pronunciamientos más enérgicos por parte del cristianismo primitivo ante las estructuras injustas del imperio romano y de la sociedad circundante en general, consiste precisamente en el carácter de fragilidad y de impotencia de unas comunidades que viven en un régimen de diáspora. Las comunidades cristianas no estaban en condiciones de transformar las estructuras sociales de la época, ya que eran

comunidades de marginados, pobres, trabajadores manuales, esclavos, amas de casa, artesanos, pequeños comerciantes. Ante la imposibilidad de actuar sobre las grandes estructuras de la sociedad, los cristianos se centraban en la formación de las comunidades, en la metanola o cambio de mentalidad y de estilo de vida", en el cultivo de las "pequeñas virtudes del hogar" que hacían "fermentar la sociedad desde dentro hacia afuera, desde la comunidad doméstica a la gran sociedad"; de manera que las comunidades cristianas primitivas habrían llamado nuestra atención por un perfil "aparentemente pietista y fundamentalista" (pp. 157 y 183). Realmente, qué enriquecedora es la subjetividad del autor, puesta al servicio de un proyecto tan admirable.

SIN EMBARGO

¿De dónde vendrá, pues, mi inculcable perplejidad al concluir el libro de Hoor-naert? Después de haber reconocido las indudables virtualidades de esta "memoria", ¿cómo llegar a expresar ahora mi malestar, casi mi disconformidad, frente a una presentación tan atractiva de los orígenes cristianos? Intentemos comunicar en pocas líneas los motivos de esta reserva.

Empecemos por lo menudo, lo más liviano, ¿Por qué será que, en un libro de historia, los datos propiamente históricos son de tan poco fiar? Una buena docena de veces, el texto nos sorprende con fechas o datos evidentemente equivocados, a propósito de hechos y acontecimientos fácilmente comprobables (2). Ya sabemos que en una obra de historia, fechas, acontecimientos y nombres no son más que el esqueleto, y no la carne, el cuerpo mismo del relato; pero ¿qué pasa cuando el esqueleto tiene demasiadas malformaciones? A veces, estos errores del relato deforman la problemática y el razonamiento.

Menos importante todavía será el traer a colación los numerosos "facilismos" y pequeños anacronismos que el autor no nos ahorra: hablar de una "teología de la marginalidad" en el siglo II tiene un sentido dudoso; afirmar que un Justino "se convirtió a la marginalidad", o que san Pablo y otros "optaron por los pobres", son licencias tal vez aceptables, sobre todo si se consideran como "captatio benevolentiae" del lector potencial, y los lectores cuya atención hay que "captar" son ante todo "los agen-



tes de pastoral y otras personas interesadas" (p. 13). Por lo tanto, uno entiende lo que el autor nos quiere decir, y a lo mejor no tendría por qué protestar. Vayamos, pues, a cosas más serias.

Incomoda la manera constante con la cual el autor saca conclusiones apuradas, transforma la hipótesis en afirmaciones de contenido cierto, aísla frases o textos patrísticos del contexto vital en el cual se han formulado, generaliza imprudentemente y pone a su servicio a los autores utilizados, llega eventualmente a formular constataciones confusas (3), prescinde consciente o inconscientemente de otros estudios para establecer relaciones "históricas" útiles a sus conclusiones teológicas (4),... y párese de contar: abundan, sobran los ejemplos, que no podemos explicitar aquí. ¿Acaso serán estas ligerezas el precio a pagar por los aciertos o las intuiciones indiscutibles?

Pero el precio es mayor aún, pues al jalar hacia sí —o hacia su tema— todas las cobijas, el autor pierde la oportunidad de estudiar más detenidamente el juego dialéctico real que hubo entre la "comunidad de base" y la "gran Iglesia", conflicto ("estira y encoge") presente no desde mediados del siglo III, como lo dice el autor, sino desde los albores del siglo II, e inclusive antes. Creo que esta simple constatación modifica profundamente los términos mismos de la historia estudiada.

De la misma manera, no tenemos por qué reprochar al autor su coqueteo con los "heréticos" del tiempo: Marción, Montano, Tertuliano, Novaciano, los "en-cratistas", y otros. Al contrario: hay algo "simpático" —o, si se quiere, juicioso— en buscar las intuiciones valderas de quienes en algún momento tuvieron encontronazos con la gran Iglesia. Pero ¿por qué esconder, a veces, la existencia misma de estos conflictos pasados?, ¿por qué no haber buscado con mayor diligencia el motivo de las crispaciones que cristalizaron en mutuos rechazos? Algunos de estos hombres o movimientos, en determinado momento, se irguieron en "sectas" o "sectarios" (por lo menos, desde el punto de vista del grupo triunfante, la gran Iglesia); ¿por qué no haber explicitado los motivos de una posible simpatía y las razones de las ex-comuniones eclesiales? La historia de la comunidad de base habría ganado, de esta manera, al seguir la pista de la diferencia concreta e histórica entre la secta y la iglesia, tema portador de tantas violencias a lo largo de los siglos II y III, y siguientes. Creo que el análisis de este conflicto habría sido de mucha enseñan-

za para nuestras comunidades eclesiales de hoy, a veces acusadas de retraerse, atrincherarse, en el espíritu sectario.

Por no analizar suficientemente el núcleo del conflicto, por no entrar explícitamente en la dialéctica "iglesia pequeña - iglesia universal", el autor debe reconocer (con una modestia que le honra) que carece de elementos suficientes para saber por qué la Iglesia del siglo III pasó del "modelo sinagogal" al "principio de territorialidad", de la organización "en grupos humanos" a la "organización por territorios" (léase, en escritura concentrada, por qué desapareció la comunidad de base original). Sin embargo ¿no era acaso muy importante, en esta "biografía" de las primeras comunidades cristianas de base, localizar con exactitud las razones de su derrota provisional, de su eclipse, para no repetir los errores del pasado, o para saber cómo situarla frente al otro término del binomio, la "gran Iglesia"?...

Paradójicamente, el autor levanta un rechazo monolítico frente a la gnosis cristiana, y asoma una manifiesta desconfianza frente al monarquismo naciente, dejando de lado la posibilidad de buscar —como lo hizo en el caso de otras parcialidades— la chispa creativa, la verdad tambaleante o prometedora de estas tendencias en la época estudiada (5).

EN CONCLUSION

Es tiempo de resumir y concluir (6). "La memoria del pueblo cristiano" es un libro interesante, insuficiente, atractivo, incompleto, parcial, parcializado. Es el resultado de un proyecto profundamente subjetivo, pero esta vez, sí: para bien y para mal. No creo que la recomposición, la re-constitución de los acontecimientos e instituciones presentada por Eduardo Hoornaert coincida plenamente con la "verdad histórica". Sin embargo, cualquier aficionado a la historia lo sabe: el "hecho histórico total" es una "idea", una "utopía", el límite nunca alcanzado de un esfuerzo de integración cada vez mayor, cada vez más complejo. Por eso, no reprocho a Hoornaert su amistad, su parcialización por el tema presentado; le reprocho, además de varias negligencias, el cultivo insuficiente de una intimidad que, en sus mejores momentos, insinúa lo apasionante de una "biografía" posible, una memoria más explícita del pueblo cristiano de los orígenes.

NOTAS

- (1) Recordemos también el objeto de la Colección "Teología y Liberación", según el Comité Patrocinador de 120 obispos: recoger y sistematizar las orientaciones de la Iglesia, especialmente la de América Latina, y las experiencias de vida de las comunidades cristianas de nuestro Continente, en vistas a la profundización teológica de la fe en todas sus dimensiones (es decir, con el fin de revisar sistemáticamente, en 50 títulos, todos los tratados de la teología en la perspectiva de la teología de la liberación). Los dos primeros volúmenes publicados anteriormente, así como el proyecto de la colección, han sido presentados en las revistas SIC de Abril (Nº 484) y Junio (Nº 486) del año pasado. El volumen que reseñamos integra la serie "Experiencia de Dios y Justicia" (¿Por qué no forma parte de la serie iniciada bajo el título "la liberación en la historia"?...)
- (2) Pero varios de los errores más crasos son imputables a la edición en castellano, la cual enriquece la colección de inexactitudes atribuibles... ¿a la editorial brasileña, o al autor? Y si hablamos por última vez de la edición en castellano, digamos que las 24 figuras e ilustraciones son a menudo incomprensibles con la sola ayuda del texto al pie del grabado. La edición en portugués no tiene ilustraciones.
- (3) Por ej., p. 77, en cuanto a la argumentación de Tertuliano; pp. 94-98, en cuanto a la relación recíproca entre misión, movimiento apocalíptico, persecución y tiempo de paz.
- (4) Por ej., en cuanto al inicio del "principio de territorialidad", su efecto causal sobre la transformación de la catequesis y el bautismo de los niños, la supuesta intervención de Novaciano en esta organización pastoral, etc.
- (5) Por ej., si bien es cierto que el inmenso edificio intelectual gnóstico montado por Clemente y Orígenes no representa un modelo que deba copiar la Iglesia en América Latina, ¿quién negará que, en su tiempo, significó un esfuerzo mayúsculo de inculturación?
- (6) En la selección de sub-temas tratados por el autor, lástima que no encontramos prácticamente nada sobre la oración, la liturgia, la eucaristía de los grupos de base primitivos, y la colegialidad entre, no digamos los jerarcas, sino las mismas comunidades eclesiales (eventualmente por medio de sus líderes). Otros puntos, tales como la formación del canon neotestamentario, el martirio, el servicio en la Iglesia, la Iglesia de Roma y su función, etc., son tratados con bastante banalidad.